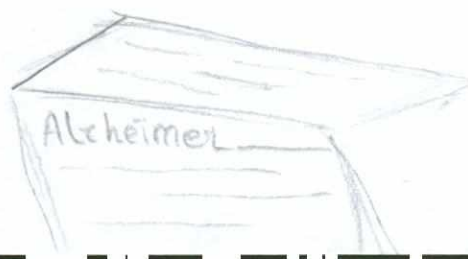


## Vuelven a brillar

Llevo viviendo con mi abuela desde los tres años. Mis padres son dueños de una empresa de importación y exportación y siempre están trabajando y viajando por el mundo; por lo tanto, no se pueden ocupar de mí a diario. Tengo una tía que vive en Madrid y viene a visitarnos de vez en cuando. En una de esas visitas, llevó a mi abuela al médico porque ese día le tocaba revisión. Cuando llegué del colegio, me senté con ellas en el sofá y mi tía Reyes comenzó a hablar. Me dijo que la revisión mostraba que la abuela estaba como un toro puesto que llevaba trabajando toda la vida y que aunque le habían dicho que la tenían que operar de cataratas ya no sería necesario. Pero, ¿por qué sus ojos mostraban tanta tristeza? De repente, tía Reyes rompió a llorar. No la había visto llorar nunca, debía de estar muy dolida. En cuanto se calmó fue a por el papel que le había dado el médico. Ninguna de las dos podía articular palabra, así que leí el papel. Se me hizo un gran nudo en la garganta; yo soy de llorar cuando me caigo pero no suelo expresar mis emociones de esa forma. Pero el nudo se iba haciendo más grande y tenía la necesidad de romperlo. Por ello, las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas enrojecidas por la impotencia de no poder hacer nada. Ni siquiera la persona más rica, poderosa o inteligente del mundo podía evitarlo. Alzheimer, mi abuela padecía Alzheimer. Y, quieras que no, éramos nosotras dos contra ello.



En un primer momento sentí que había perdido todo, que había perdido a la persona a la que más había querido; que había perdido a mi abuela. Pero, una vez recompuesta, decidí que ese no era el fin, que había que ganar esta guerra. Solo debía estar con ella más tiempo, ayudarla porque ahora me necesitaba más que nunca. Y así lo hice. Durante tres meses, yo fui la responsable de cuidar a mi abuela. Era duro, porque no nos entendíamos como antes pero tenía que seguir con ella. Por las mañanas, cuando yo iba al colegio, venía una cuidadora y por la tarde yo me quedaba con ella.

Un domingo, a las doce de la mañana, tenía que tomarse una pastilla. El bote estaba en un cajón de la cómoda de su habitación, así que fui y lo cogí. Pero al abrir el cajón, vi algo que no había visto nunca. Era un libro, con las tapas de cuero, cerrado por un candado. La llave estaba encima, así que cogí ambas cosas. Le llevé la pastilla a mi abuela y me fui a mi habitación. Le dije que iba a hacer los deberes pero en realidad iba a abrir ese libro. ¿A quién no le picaría la curiosidad por leerlo? Cerré la puerta con llave y me eché sobre la cama. El candado estaba un poco oxidado y me costó abrirlo pero ¡Menuda sorpresa! Las páginas estaban llenas de fotografías en blanco y negro. Me fijé en el comienzo: "Querido diario". ¡Era el diario de mi abuela! Me pregunté si debía seguir leyendo y supuse que a ella no le importaría. En la primera página solamente se presentaba pero, al pasarla, apareció una foto que se desprendió. Salía ella junto a un hombre que no era mi abuelo. Tenía la tez blanca y unos rasgos muy peculiares. Portaba una mochila enorme y un sombrero con un ala muy grande; casi parecía una pamelita de mujer. El caso es que ese hombre, a pesar de no ser mi abuelo, me resultaba familiar. Pasé las páginas y cada cual era más cautivadora; líneas y líneas describiendo viajes por todo el mundo y, acompañando cada texto, una fotografía de mi abuela con ese hombre, en muchos países distintos. Mi abuela había viajado muchísimo cuando era joven y tenía

un pasado oculto para todos nosotros. No pude quitarme a ese hombre de la cabeza, ni siquiera pude dormir. ¿Dónde lo podría haber visto?



De repente, me acordé de una cosa. Un amigo mío, Rafa, tenía una foto de ese hombre en su casa, o, por lo menos, se parecían mucho. Al día siguiente en el colegio quedé con él para ir a su casa por la tarde. Llamé a la cuidadora para que se hiciese cargo de mi abuela y me fui. La madre de Rafa había hecho un bizcocho de calabaza porque sabe que me encanta. Tras merendar subimos al piso de arriba. ¡Ahí estaba! En la pared del pasillo había un retrato de un hombre de unos setenta años con unos rasgos muy peculiares y, detrás de él, había un sombrero negro con un ala muy grande colgado de un perchero. Le dije a Rafa que fuésemos a su cuarto que le tenía que contar una cosa. Entramos, saqué el diario de mi mochila y se lo enseñé. Me confirmó que sí, que era su abuelo, pero él tampoco sabía nada de esos viajes ni sobre la relación entre él y mi abuela. Es como si hubiesen jurado no contárselo a nadie. Ideé un plan y le pedí a Rafa que me ayudara. Aceptó sin dudarle porque es muy aventurero. Inmediatamente preparamos nuestras cosas y fuimos a la casa de su abuelo. Era una cabaña simple pero con mucho encanto que estaba a las afueras de la ciudad, en una zona rodeada de árboles. Primero llamamos a la puerta y, como no hubo respuesta, Rafa empezó a llamar a voces por uno de los ventanucos. Le pregunté por qué y me dijo que su abuelo estaba

un poco sordo. El señor abrió la puerta lentamente y nos recibió con una sonrisa. Seguía siendo igual de raro y misterioso pero parecía amable. Entramos hasta el salón y me sorprendió la sencillez de la decoración. Para haber viajado tanto no había ni un recuerdo de ningún país. ¿Por qué tanto secretismo? Tras tomar un té con él, salimos al jardín de atrás y tiré a Rafa del brazo para hablar con él. Le dije que le iba a enseñar la fotografía pero me dijo que no fuese tan brusca, que le preguntásemos, por ejemplo, sobre su juventud. Y así lo hicimos. Mientras nos enseñaba las flores Rafa se lo preguntó y notamos que se ponía un poco nervioso. Después de unos segundos, respondió que había trabajado toda su vida de mecánico; evidentemente, no le creímos. Luego yo le pregunté que si se había enamorado alguna vez de joven. Nos pidió que nos sentáramos con él en un banco, entre las flores, y nos contó que a los veinte años se enamoró de una chica de su edad. Dijo que tenía un brillo especial en los ojos que le cautivó, y me miró a mí. Nos había descubierto.



No tuvo otra que confesarlo todo: los viajes, el noviazgo con mi abuela... Lo narraba como si fuese un cuento de hadas, era irreal y mágico. Conocieron tantas cosas juntos, tantas culturas y religiones distintas, compartieron tantos secretos que para ellos era casi imposible compartirlo con los demás. Por ello, cada uno mantuvo un diario. Hasta entonces, solo ellos lo sabían, pero yo lo encontré y me metí en este embrollo.

Después de explicárnoslo todo, nos llevó hasta el cobertizo del jardín, abrió la puerta y me tuve que frotar los ojos porque no creía lo que estaba viendo. Miles de antigüedades, adornos y artilugios de todas partes del mundo conservados en perfectas condiciones reposaban en estanterías de madera. Cortinas de tela india colgaban tapando las herramientas de jardinería y matrioskas rusas se disponían de mayor a menor. Aquello era un paraíso internacional, pero me tenía que centrar en lo más importante: mi abuela.

Le conté todo al abuelo de Rafa e inmediatamente se le ocurrió algo para ayudar a la que fue su pareja. Metimos muchos de los recuerdos en cajas y las cargamos en una carretilla que llevamos a casa de mi abuela. Cuando llegamos, le conté todo a Flor, la cuidadora, y nos ayudó con el plan. Fue a buscar a la abuela mientras lo preparábamos todo y cuando bajó, comenzó el espectáculo.

Empecé a narrar la primera página de su diario mientras Rafa quemaba el incienso que nuestros abuelos habían traído de su viaje a China; la cuidadora lucía un hermoso caftán que mi abuela se ponía en sus estancias en Marruecos, y detrás sonaba una música tradicional de Azerbaiyán, zona que visitaba frecuentemente mi abuela y de la que conocía cultura y tradiciones. Y, por último, salió el abuelo de Rafa, ataviado con un kilt escocés y con algo entre sus manos: su diario de viajes. De repente, esa luz que había antes en los ojos de mi abuela y que se había atenuado hacía tiempo, se había vuelto a avivar. Estaba recordando.

